reglando nuestros papeles para que salgan á producir su efecto cuando se necesite y yo á alistar mi gente y todo cuanto falta para que por ningun motivo se entorpezca nuestro largo viaje.

—¿Vas á salir á la calle?

—Es claro. Los momentos que nos quedan son preciosos y es indispensable saber aprovecharlos.

Diciendo esto tomó su sombrero, se envolvió en su capa y se separó del anciano, que por su parte tambien se levantó para dedicarse al trabajo.

Ya el lector habrá comprendido quiénes eran estos dos hombres: el mas jóven era el oficial español D. Francisco Javier Mina y el de mayor edad el Dr. mexicano D. Servando Teresa de Mier, que se habian encontrado en Lóndres, que se habian entendido y que á la sazon se estaban preparando para armar una expedicion en contra del gobierno sostenido por la monarquia española en la Nueva España y á favor de los caudillos que habian proclamado en este territorio la independencia.

CAPITULO II.

CONSPIRACION.

Aunque el impaciente Mina hizo cuantos esfuerzos estuvieron á su alcánce para dejar pronto el suelo de Inglaterra en donde permanecia en una inaccion que pugnaba con su carácter, todavia tuvo que esperar cuatro meses, ya fuera para proporcionarse los fondos necesarios que no tan fácilmente salian de las cajas de los comerciantes, ya fuera cediendo en parte á las reflexiones del Dr. Mier, que hombre experimentado y conocedor del terreno que iban á pisar, queria instruirse de la situacion que guardaba la Nueva España para que aquellos esfuerzos no fueran á estrellarse desde el principio mismo de las operaciones en caso de proceder con imprudencia. Si con el tiempo trascurrido perdieron la oportunidad de presentarse en accion en los momentos en que el gobierno de Calleja estaba

tan entretenido con Morelos y demas caudillos de la independencia que, ó perecieron ó se hundieron en la nada en aquel entonces, en cambio ese mismo tiempo les sirvió para conocer á ciencia cierta los elementos que quedaban en pié de una y otra parte, comprendiendo que hacia falta á la vez un hombre atrevido, de genio militar y activo en sus movimientos que fuera á sustituir al gran Morelos que acababa de perecer y que desde mucho antes habia muerto moralmente, para recoger todos aquellos elementos dispersos con los que indudablemente podia asegurarse el éxito de la revolucion, con tal de que al nuevo caudillo se le diera un corto respiro para organizarlos.

Con las noticias que estuvieron recibiendo bastante detalladas, hasta donde era posible dada la dilacion con que les llegaban, y la manera poco segura con que se comunicaban, pues casi solo se dejaban circular las favorables á la monarquia de España y á sus autoridades establecidas en América, y haciendo uso de cartas geográficas imperfectas, el Dr. Mier y el general Mina, á quien desde hoy daremos este título porque era el que iba á tomar al entrar en campaña, formaban sus cálculos y establecian sus itinerarios, teniendo siempre encima de la mesa que les servia para su despacho, perfectamente delineados sus planes de campaña, modificándolos de cuando en cuando por las noticias informes que les llegaban.

Hasta el 4 de Marzo de 1816 tuvo el gusto Mina de encontrarse á bordo de una fragata inglesa que fletó por su cuenta, siendo sus compañeros de expe-

dicion por entonces el Dr. Mier, dos oficiales ingleses que querian correr aventuras en América y otros treinta individuos, en lo general militares avesados á los peligros, de nacionalidad española é italiana.

Despues de los pocos dias que necesitaron de permanencia en Liverpool para proveerse de agua, de víveres y de algunas armas, se hicieron á la vela la mañana del 9, recibiendo la órden el capitan de dirigir la proa al puerto mas próximo de los Estados Unidos, evitando, aunque llevaran bandera inglesa, darse á conocer á los buques de guerra españoles que cruzaban mas frecuentemente que ahora aquellos mares.

Nunca faltan percances cuando se hace una larga navegacion, de suerte que á bordo de la fragata inglesa "Frosward" en que iban Mina y sus compañeros, por fuerza tenia que pasar alguna cosa extraordinaria. Esta fuá la siguiente, que pudo considerarse como una nubecilla en el océano, sin mas posteriores consecuencias:

Habia dispuesto Mina tanto para establecer la disciplina durante la navegacion, como para que el tiempo no se perdiera del todo conservándose la obediencia entre sus subordinados y practicándose á la vez algo de milicia, que se hiciera un servicio regular como si se hubiera ya entrado en campaña, y con ese propósito habia nombrado un capitan, un sargento y algunas otras clases, teniendo los demas de sus com-

pañeros que hacer una guardia constante con las formalidades posibles.

Cuando el tiempo era bueno se reunian ademas sobre cubierta y tenian allí una especie de academia en que se practicaban los ejercicios de las armas y se daba la instruccion que permltia la época sobre las maniobras de los ejércitos y los deberes de los individuos consagrados á la noble profesion militar. Esto hizo que se esparciera cierto disgusto, dando lugar á que los mas apáticos y los mas dados á la holganza murmuraran de aquel recargo de trabajo sobre las molestias de la navegacion; encabezando las manifestaciones de disgusto un oficial español llamado Pedro Liaño, que habia jurado que el primer dia en que no estuviera de humor daria por su parte la muestra que tuviera por conveniente de rebelion, siempre que otros se comprometieran á secundarlo.

—Todos te secundaremos, le habia contestado un jóven catalán de los mas vivarachos de la partida, pues que nosotros somos voluntarios y no forzados, no debiéndose obligarnos á mas que á aquello que nosotros queramos de buen grado.

Otros varios ofrecieron así mismo hacerle coro cuando llegara el momento de un motin, que todos se pusieron á esperar con ansiedad.

Cuando Liaño consideró que la conspiracion estaba bien urdida y que el apoyo de los mas se sobrepondria á las exigencias del general, despues de armarse él mismo y aconsejar á los demas que llevaran algunas armas que fácilmente pudieran ocultarse, una

tarde en que se oyó la campana que los convocaba para reunirse sobre cubierta, fué de los primeros en presentarse, advirtiendo á los conspiradores que iba ya dispuesto á armar la tormenta.

—Señores, les dijo Mina luego que notó que estaban todos reunidos en el lugar designado, segun me ha dicho el capitan de la embarcacion, no nos faltan mas que cuatro ó cinco dias para abordar á la playa de los Estados Unidos, de manera que hoy en vez de nuestros ejercicios habituales voy á hacer á ustedes algunas recomendaciones sobre la conducta prudente que debemos observar mientras permanezcamos en pais extranjero.

Al oir esta introduccion muy diferente de la que todos esperaban, pues lo que querian era que se hiciera algun ejercicio militar para que estallara la bomba, los mas depusieron su actitud hostil con que se habian apresurado á presentarse, considerando muy justo que el gefe se preocupara de lo que habia de hacerse luego que se saltara en tierra; pero como Liaño habia bebido un poco de aguardiente para entonarse y estaba muy léjos de entrar en ningun género de consideraciones, fué el primero en interrumpir á Mina diciéndole con tono destemplado:

—Nosotros no somos chiquillos para que á toda hora y sobre todas materias se nos venga dando lecciones.

—¡Silencio! exclamó Mina, no queriendo por de pronto apagar con su diligencia habitual aquel relámpago de insubordinacion, sintiéndose con la proximi-

dad del término de su viaje muy inclinado á la clemencia, y óiganme bien los que tengan confianza en su gefe, pues que se trata de un punto que me parece de la mayor gravedad.....

—No estamos dispuestos á oir sermones, sino á reclamar alguna recompensa por el engaño que se nos ha hecho, porque habiéndosenos ofrecido que desembarcariamos en Nueva España donde seriamos recibidos con los brazos abiertos, vamos á arribar á un pais extraño en donde sabe Dios la suerte que se nos tendrá deparada.

—¿Pero qué significa esto? preguntó Mina fijándose ya en el tono desenvuelto y casi ofensivo que se notaba en el subalterno que le interrumpia de un modo tan descortes el uso de la palabra.

—Significa, Sr. Mina, contestó el oficial, porque no puedo darle el nombre de general porque no lo es, ni menos el de brigadier ni el de nada porque ya no pertenece al ejército español, significa que ya no queremos seguir bajo una bandera que viene oculta en las bodegas de esta barca como si en lugar de ser soldados valientes fuéramos una horda de fascinerosos.

Diciendo esto Liaño paseó una mirada entre sus compañeros como exigiéndoles que secundaran aquel movimiento revolucionario, pero todos continuaron guardando silencio.

Mina que observó esta mirada y que pudo comprender en el acto que un hombre solo era difícil que

se atreviera á tanto y que aquello no era sino el resultado de algunas inteligencias que pudieran existir de antemano entre sus compañeros, con toda rapidez se precipitó sobre el oficial rebelde y cogiéndolo por el cuello con una fuerza extraordinaria, le dijo con voz que dominaba el ruido de las olas:

—¡Miserable! vas á obligarme á que te arroje al agua por desleal y traidor.

—¡General! exclamó el oficial catalan, seguido de otros dos que tambien quisieron hacer causa comun con Liaño, ese no es el procedimiento que debe observarse con los oficiales del ejército español.

Mina soltó del cuello á Liaño para atender á los otros que avanzaban hácia él en actitud amenazadora y temeroso de que cundiera aquella rebelion que se iniciaba, la que podia tener algunas ramificaciones, dijo con toda serenidad dirigiéndose á los demas que habian permanecido mudos testigos de esta escena:

—A mí los hombres fieles y dignos, á mí los que no quieran mancharse con el crímen de desobediencia en los instantes mismos en que comenzamos esta gloriosa campaña.

Los primeros que se le unieron luego fueron los dos ingleses, tras ellos los italianos y en seguida los españoles con excepcion de aquellos cuatro que ya no podian retroceder por mas que se vieran abandonados de sus compañeros.

—¡Ah! no me habia engañado, exclamó Mina con los resplandores de la mayor satisfaccion pintada en el semblante, mis verdaderos amigos no son capaces

de abandonarme y con ellos estoy seguro de poder ir á donde quiera acometiendo las mas extraordinarias empresas, y mucho menos pueden abandonarme ahora cuando no han recibido de mi parte mas que muestras de cariño y consideracion. Gracias, señores, gracias. En cuanto á ustedes que no han esperado á encontrarse en los verdaderos peligros para manifestarse viles y cobardes, no puedo darles aquí mayor castigo que mi desprecio. Podia cargarlos de cadenas ó darles garrote como mejor me conviniera, podia mandarlos ahorcar de un mástil ó arrojarlos al mar con una bala de cañon en el cuello, podia aplicarles un castigo que fuera para siempre ejemplar y me evitara en lo sucesivo de otros disgustos de esta especie; pero no quiero cargar una responsabilidad que no pesaria nada sobre mi conciencia porque cualquiera pena seria merecida, ni quiero acostumbrarme á ser severo en mis decisiones, cuando deseo que la conviccion y la amistad sean los únicos móviles en las acciones de los que me siguen. De hoy en adelante no pertenecen ustedes á mi ejército y al saltar en tierra serán libres de irse á donde mejor les acomode.

Despues de este discurso que no fué contestado por los rebeldes, sino con las muestras de la mayor sumision, pues que inclinaron la cabeza y hasta el mas jóven llegó á derramar algunas lágrimas, Mina continuó tranquilamente dando sus instrucciones sobre la conducta que debia observarse despues que hubieran desembarcado en el puerto de los Estados Unidos, en

que debian ya preparar su expedicion para la Nueva España con toda formalidad, pero en medio del mayor sigilo.

El Dr. Mier, ocupado en revisar sus manuscritos, supo en su cámara que algo extraordinario pasaba sobre cubierta y armàndose con lo primero que halló á la mano, subió á participar de la suerte de su amigo Mina, presentándose allí en los momentos en que los cuatro oficiales rebeldes se retiraban cabizbajos y avergonzados, bajo el peso de la reprobacion de sus compañeros que habian considerado poco oportuno el momento que habian escogido para hacer una reclamacion que hubieran deseado se hiciera en términos mas razonables y amistosos. Se le puso en pocas palabras al corriente de lo que pasaba, y cubriéndose la cara con ambas manos, exclamó de manera que todavia aquellos pudieron escuchar algunas de sus palabras:

—¡Jesus! ¡Jesus! Ni entre los apóstoles que solo eran doce, ni entre los tripulantes de Colon que eran catorce, ni ahora que somos un pobre puñado de hombres que apenas comenzamos á dar los primeros pasos en una empresa gloriosa, han podido faltar díscolos y traidores. ¡Qué vergüenza! Cuando todos vamos á exponer nuestra vida en cosas tan grandes, señalarnos como indisciplinados por motivos tan frívolos que indican pobre espíritu y falta de caballerosidad! ¡qué indigno comportamiento!

—Calma, querido doctor, le dijo Mina sonriéndose, por fortuna no ha sido mas que un relámpago de

insurreccion que se ha extinguido al primer conjuro y que espero en Dios no se repetirá.

—No, no se repetirá, exclamaron á una todos los oficiales que lo rodeaban.

—Señores, les dijo en respuesta á esta expontánea manifestacion, pronto vamos á saltar en tierra, de aquí á allá hay tiempo de reflexionarlo bien para seguir acompañándome. Todos quedan desde este momento libres de su compromiso, todos me han tratado, me conocen ya bien y saben si me consideran ó no capaz de llevar adelante la empresa. Los que no quieran continuar á mi lado pueden quedarse donde les parezca y aun tendrán los recursos indispensables para su viaje si quieren regresar á Europa; pero yo lo que deseo es que todos estén contentos, que conmigo solo vayan los que estén dispuestos á participar de los peligros que yo corra, de los sacrificios que tengan que hacerse, así como de los beneficios que la santa causa que vamos á defender nos pueda proporcionar. Los primeros pasos que tengamos que dar en el territorio americano en donde vamos á presentarnos como combatientes, estarán llenos de dificultades; la muerte se cernirá dia á dia sobre nuestras cabezas; pero una vez que á fuerza de energia y de resolucion logremos fijar nuestras banderas en el centro del pais, nuestro será el triunfo y nuestra será la gloria. No tengo mas que decirles si no que lo mediten para que se resuelvan ó no á seguirme, pero una vez que estemos en campaña ya no habrá otra norma que la disciplina militar.

Todos los que estaban allí manifestaron que ya sabian todo lo que se les esperaba cuando se habian enganchado y que estaban dispuestos á morir al lado de su caudillo.

El Dr. Mier se enterneció y derramó algunas lágrimas.

Aquella escena que habia comenzado amenazando ser trágica, concluyó en medio de las protestas mas ardientes de adhesion, ofreciendo todos ser leales y prudentes para lo sucesivo.

Cuando Mina y Mier se encontraron solos en su camarote, completamente dividido de todos los demas, y el cual era vigilado de dia y de noche por dos criados de la mayor confianza, dijo el primero al segundo:

—De buena hemos escapado, doctor, porque segun lo que he podido comprender habia una conspiracion tramada en toda forma.

—¿Será posible?

—Sí, señor: casi todos tenian ocultas sus armas y noté claramente que Liaño dirigia á los demas miradas de reconvencion porque no se apresuraban á secundarlo. El plan les ha abortado ahora de un modo providencial; pero debemos estar alerta para que no se repita, porque en otra vez ya no hablarán sino que se nos echarán encima con puñal en mano.

—¡Increible! ¡increible! murmuró el buen doctor.

—Y yo lo que presumo es que no quieren tanto nuestras vidas como nuestro dinero y despues pre-

sentarse á la corte á reclamar el precio de su infamia.

—Sí, sí, repitió el doctor, eso es abominable.

Entonces lo que hicieron ambos fué rodearse de los ingleses é italianos y ejercer en los españoles en los dias que siguieron la mas estricta vigilancia hasta que saltaron en tierra en Norfolk (Virginia) en los últimos dias de Julio.

Al dia siguiente mandó llamar Mina á los oficiales descontentos para darles dinero con que regresaran á su patria; pero le contestaron que en la misma noche habian dejado los cuatro reunidos aquella poblacion.

—Es necesario apresurarnos, dijo el Dr. Mier, porque estos van á poner en planta contra nosotros alguna nueva traicion.

Así fué en efecto, á los pocos dias se supo allí que se habian ido á presentar al ministro español D. Luis de Onis revelándole todos los planes de la expedicion y que aquel funcionario hacia las gestiones correspondientes ante el gobierno americano para conseguir la prision de Mina y de todos sus compañeros.

Inmediatamente se trasladó Mina á Baltimore, hizo que su buque fuera despachado como en viaje para San Thomas por lo que pudiera acontecer y con el sigilo que era posible se dedicó allí a reclutar gente aventurera que quisiera formar parte de la expedicion, á comprar armas y municiones y á hacer todos los preparativos que consideraba como mas indispensables para desembacar en buen pié de guerra en las playas mexicanas.

El Dr. Mier, entretanto, que poseia muy bien el ingles, fué destinado á vigilar los movimientos de las autoridades por si las gestiones del ministro español llegaban á alcanzar algun éxito.

Hé aquí con cuántas dificultades tenian que luchar en aquella época azarosa los defensores de nuestra independencia.